



Comentario bibliográfico

Bettina Aptheker, *Communist in closets. Queering the History: 1930-1990* (New York City: Routledge, 2023).

Ana Laura Lareo

Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Buenos Aires

lareo.ana.laura@gmail.com

Fecha de recepción: 27/10/2025

Fecha de aprobación: 02/12/2025

Las historias y vidas de las personas LGBTIQ han sido históricamente ocultas e invisibilizadas, vividas entre la clandestinidad y la patologización, la marginación y la criminalización, la asimilación y la discriminación. Esa realidad no fue una excepción en el Partido Comunista de los Estados Unidos (PCUSA), el cual estableció, como política oficial, la prohibición a las personas lesbianas, gays, bisexuales y trans de ser miembros entre 1938 y 1991.

El libro de Bettina Aptheker es un trabajo de historia oral y de archivo, en el que se recuperan voces y vidas del olvido. El acervo documental que lo hizo posible son entrevistas realizadas por la autora y un exhaustivo trabajo de archivo en bibliotecas, universidades, archivos privados, organizaciones y partidos políticos, entre los cuales se destaca el Partido Comunista de Estados Unidos. A partir de ellos, la autora nos permite entender y recuperar cómo se construyeron muchos de los militantes revolucionarios del siglo XX en Estados Unidos.

La narrativa hegemónica nos dice que las personas LGBTIQ son un invento de las últimas décadas¹, alimentando los discursos totalizadores que los invisibilizan de la historia, borrando su existencia así como las huellas que dejaron en personas y movimientos. Este libro es un gran aporte para romper con esa historia y presentar marcas que nos demuestran que las personas LGBTIQ tuvieron un rol preponderante en las luchas contrahegemónicas en Estados Unidos durante el siglo XX, especialmente dentro del Partido Comunista.

Para comprender este libro es necesario acercarnos a la autora pues su origen, su crianza y desarrollo están atravesados por la política y la militancia comunista y feminista, así como su propia experiencia viviendo como una lesbiana primero en el clóset y luego de forma visible. Bettina lo expone durante el libro y aclara, en el epílogo, que esta obra siempre tuvo como objetivo rescatar del olvido a los militantes gays, lesbianas y queer comunistas que perseveraron durante generaciones y que aportaron en la lucha antifascista, antirracista, feminista y entre otros movimientos de liberación. Por ello, la autora lo define como un trabajo de amor, pero también de justicia y de visibilización, no solo de sus protagonistas, sino también de miles de activistas que han tenido que negar quiénes eran para poder formar parte de un espacio político, realizando grandes sacrificios personales en pos de impulsar construcciones colectivas más grandes que ellos mismos. En este sentido, la autora piensa este libro como una obra de intervención política, proponiéndose llegar a un público amplio, no solo del ámbito académico. Invita de forma marcada y explícita a su lectura por parte de militantes y entusiastas de la historia social, la historia oral, del trabajo de archivo, de la historia desde abajo y los estudios LGBTIQ+.

Bettina Fay Aptheker nació en 1944 en el seno de una familia judía y comunista en Brooklyn, sus padres, Fay Philippa Aptheker y Herbert Aptheker, fueron activistas políticos. La autora se crió en una comunidad muy ligada a familias del partido comunista, por lo cual su vida se vio tempranamente marcada por los efectos de la marginación y persecución que ejerció la política del Macartismo sobre sus padres. Bettina obtuvo su licenciatura en la Universidad de California y luego

1 Se ha expresado que las identidades LGBTIQ+ son un invento de la actualidad, se acepta su existencia desde su visibilización política desde Stonewall en 1969, pero se intenta deslegitimar como algo actual, que no tiene una raigambre histórica. Los movimientos de ultra derecha y conservadores a nivel mundial hablan de que las identidades de género y orientaciones sexuales por fuera de la norma heterocis no existen, no son “naturales”, patologizando o criminalizando a quienes no entran en sus parámetros. Uno de sus argumentos principales es que no existían personas trans, gay, lesbianas o bisexuales en épocas pasadas y que ésta es la narrativa impuesta por la supuesta “ideología woke”, desconociendo muchísimos ejemplos históricos documentados (la sexualidad gay en Grecia y Esparta, los “dos espíritus” entre indígenas de Norteamérica, las muxe en México, etc.). Se apoyan principalmente en la “antinaturalidad” y el biologicismo para sostener el *status quo* que ven amenazado.

una maestría en Comunicación en la Universidad Estatal de San José, donde dictó clases de Estudios Afroamericanos y de la Mujer. En la década de 1980 completó un Doctorado en el programa de Historia de la Conciencia en la Universidad de California, donde continúa dando clases sobre Estudios Feministas y es Profesora Emérita.

Bettina Aptheker fue una notoria militante política, comenzó como miembro del Partido Comunista de Estados Unidos y se distinguió como dirigente hasta llegar al Comité Nacional del PCUSA. Durante la década de 1970 apoyó la lucha antirracista y el movimiento por los derechos civiles y trabajó en la defensa de su amiga Angela Davis, encarcelada durante la presidencia de Nixon. Ha sido una activa militante feminista por años, impulsando la lucha feminista desde espacios como el PCUSA y el Instituto de Mujeres para la Libertad de Prensa (WIFP). Si bien estuvo casada con un hombre por muchos años y tuvo dos hijos, vivió su lesbianismo en clandestinidad hasta que pudo salir del clóset públicamente, acompañada por su familia. Ahora está en pareja con Kate Miller desde hace más de 40 años.

Debemos remarcar que los nombres e identidades con los que se identifican las personas LGBTIQ+ cambió a través del tiempo, pero eso no implica que esas personas y sus sentires no existieran. A principios del siglo XX se hablaba de homosexuales, maricones, maricas, invertidos, raros, travestidos, machonas, marimachos, tortilleras. Luego, se reconocieron como lesbianas, gays, transgéneros, transexuales, personas trans, personas no-binarias. Nos parece adecuado nombrar esas identidades históricas en inglés, su idioma original, ya que los hispanoparlantes tenemos nuestros propios términos y acepciones. Los nombres, etiquetas e identidades fueron *homosexuals, faggots, transvestides, gays, lesbians, queers, butchs, dykes, transgenders, transexuals, trans people, non-binary, gender non-conforming, etc.*

Pero volviendo a la obra en cuestión, *Communist in closets. Queering the History* está organizada en siete capítulos. En la Introducción y en los primeros dos apartados, la autora expone los vaivenes del Partido Comunista en relación con la política adoptada frente a los miembros gays y lesbianas y los impactos de los disturbios de Stonewall (1969). Algunos de los capítulos restantes se centran en las vidas de los militantes del partido: Harry Hay (1912-2002), Elizabeth “Betty” Boynton Millard (1911-2010), Eleanor Flexner (1908-1995) y Lorraine Hansberry (1930-1965). En cada uno de ellos hay un excepcional trabajo de archivo que permite la reconstrucción de sus biografías. En todos podemos ver trayectorias diferentes pero, al mismo tiempo, similares. Estas coincidencias explican su agrupamiento en este libro, en especial en dos puntos que le interesan a la au-

tora. Por un lado, observar detalladamente cómo llegan y se van del Partido Comunista. Por el otro, dar cuenta de cómo estas experiencias políticas tallan las vivencias de estas personas en otros proyectos políticos paralelos o posteriores.

Debemos rescatar como uno de los elementos más interesantes del libro la forma en que los protagonistas llevan muchas de sus experiencias, discusiones políticas e ideológicas, tácticas y estrategias a estos nuevos espacios. A la inversa, la autora expone que ha sido poco lo que pudieron aportar desde otros espacios hacia el partido comunista como producto de su inflexibilidad, centralmente, la prohibición expresa de su homosexualidad siendo afiliados.

A lo largo del libro, Bettina Aptheker reflexiona sobre su propia experiencia en el Partido, donde las personas Queer eran puestas en la misma categoría que los rompehuelgas, borrachos, traidores y terroristas. La autora relata que, durante sus 19 años como afiliada al partido, vivió como una lesbiana “enclosetada”, e incluso pasó 13 años casada con un hombre, una “solución” bastante común para las personas no heterosexuales dentro del Partido. Sostiene que la justificación para su marginación era descripta como un problema de seguridad, ya que ante la constante persecución hacia los miembros del partido, ser homosexual podía ser un elemento para que agentes gubernamentales chantajearan a los miembros y consiguieran informantes e infiltrados.

Para este primer acercamiento, la autora enfatiza y despliega un análisis de la historia del Partido Comunista de Estados Unidos. Un elemento sobre el cual llama la atención es que para comprender mejor las trayectorias de sus militantes es importante remarcar que, desde sus comienzos, estuvo sometido históricamente a una persecución política enconada, que vivió su momento más álgido durante el denominado macartismo, período entre los años 1950-1956. Esto, remarca Aptheker, exponía a muchos militantes a un doble peligro producto de su posicionamiento como comunistas y de su homosexualidad. Durante los años 60 y 70, el discurso de la URSS y los partidos marxistas y de izquierda cambió. En él, se identificaba a las identidades de género y orientaciones sexuales por fuera de la norma hetero-cis-sexual como “desviaciones pequeñoburguesas”, intentos de banalizar y desviar la lucha clasista hacia otras supuestas opresiones. No negaban sus existencias, pero las condenaban a mantenerse ocultas, en privado.

En julio de 1978, el PCUSA hizo una declaración pública aclarando que su foco de atención era la clase obrera plurinacional, sus necesidades, intereses y progreso. Dentro de su perspectiva de clase, el Partido consideraba que la lucha contra el racismo era fundamental y por ello pugnaba por abordar las necesidades de personas de todas las etnicidades. En paralelo, denunciaba a quie-

nes trataban de mover el centro de atención a la cuestión de la actitud frente a los homosexuales y sostenía que, como un partido marxista-leninista de la clase obrera, no iba a permitir que se desviara la atención de lo considerado importante. Especificaba que se oponía a todos los esfuerzos por debilitar la familia tradicional mediante ataques contra las mujeres y la promoción de “estilos de vida sexuales alternativos”, así como cualquier forma de fomentar o promover las relaciones homosexuales como alternativa a los vínculos “sanos y saludables” entre hombres y mujeres. En este sentido, nos parece llamativo que discursivamente se asuma que todos los trabajadores de la clase obrera, las mujeres y otras minorías oprimidas sean sin dudas heterosexuales, como si por *default* esa fuera la sexualidad de todas las personas.

En paralelo, la lucha feminista y el antirracismo tuvieron una gran resistencia desde los espacios políticos marxistas, que consideraban que la única o principal opresión del ser humano era la de clase; invisibilizando o poniendo en un lugar secundario las opresiones de género y raza. Sin embargo, como mencionamos previamente, Aptheker resalta que, producto del impulso de sus propios militantes, estas discusiones fueron permeando al PCUSA de una forma más exitosa que los debates sobre las opresiones de la sexualidad. En la reconstrucción que hace la autora, todos los activistas que protagonizan este libro luchaban contra el capitalismo desde el Partido Comunista, pero también estaban involucrados de una manera interseccional en luchas antirracistas, feministas y respecto a sus propias sexualidades. Aptheker es clara y expone las opciones que existían, que no eran muchas: la visibilidad conllevaba como mínimo la discriminación y marginalidad, y como máximo la prisión o encarcelamiento en neuropsiquiátricos. Una de las formas más comunes de ocultamiento eran los “matrimonios lavanda”, eufemismo para matrimonios donde uno o ambos eran homosexuales y el casamiento o emparejamiento les permitía construir una fachada heterosexual que los protegiera en el ámbito público.

El contexto social e institucional que primaba era el de la patologización total: tanto la homosexualidad como la transexualidad eran consideradas enfermedades² y las posibilidades para

2 Algunos datos importantes para entender el contexto: en 1952 la Asociación Americana de Psiquiatría (APA) incluyó la homosexualidad en el DSM-I# como un trastorno sociopático de la personalidad, la cual no retiró hasta 1973, y la Organización Mundial de la Salud la consideró como una enfermedad en la CIE (Clasificación Internacional de Enfermedades) hasta 1990. El término paraguas trans (transexualidad, transgénero, trans) fue reconocido el último cuarto de siglo, antes de eso era confundido con la orientación sexual y patologizado como una enfermedad de la misma forma que la homosexualidad. La transexualidad fue considerada como una condición clínica por la Asociación Americana de Psiquiatría (APA) en el DSM-III en 1980, bajo el término

una persona LGBTIQ+ eran “tratarse” para “curarse” y “cambiar” mediante terapias de reconversión, usualmente dirigidas por médicos y/o religiosos, o recibir tratamientos en neuropsiquiátricos con psicofármacos, electroshocks y hasta lobotomías³. La forma de contrarrestarlo fue el desarrollo de estrategias de asimilación u ocultamiento en la sociedad cisheteronormada, ocultando en el clóset toda práctica o vínculo que se corriera de la norma.

En el corpus de experiencias y biografías encontramos ejemplos de personas que vivieron su sexualidad en clandestinidad y otros que la hicieron visible. Esto nos lleva a destacar que un estudio riguroso pero respetuoso, como el que realiza la autora, debe desarrollarse sin caer en juicios de valor, entendiendo la diferencia de circunstancias y los mecanismos, redes y estrategias que desplegaron para sobrevivir en este periodo. Un elemento unificador de las biografías es que todos vivieron su sexualidad rodeados de una homofobia internalizada o la marca del silencio.

El capítulo 2 aborda las consecuencias de un hecho central para la historia del movimiento: los disturbios de Stonewall en 1969, hito fundante en la historia de los movimientos de liberación homosexual. La autora reconstruye los debates que surgieron dentro del Partido Comunista de EEUU y entre sus propios militantes. Para este apartado, se vale de la experiencia de Dale Mitchell, militante en 1973 del Partido Comunista de EEUU, y ligado a la Liga de Trabajadores Jóvenes para la Liberación (YWLL). Mitchell escribió una carta al Comité Central del partido, exigiendo la posibilidad de poner en debate el posicionamiento del partido. La carta contaba con cuatro firmes recomendaciones: terminar con la exclusión arbitraria de homosexuales de ser miembros, hacer formaciones sobre los prejuicios y la homofobia, permitir que las personas gays fueran visibles a la hora de sumarse al Partido y de sostenerlo cuando fueran miembros.

Jamás hubo respuesta a esta carta, argumento que la autora usa para marcar el autoritarismo y la intolerancia existente hacia planteos por fuera de la línea oficial del Partido, y la poca permeabilidad frente a jóvenes que traían otras inquietudes, que veían otras opresiones que ellos ignoraban o incluso ejercían. Esta falta de escucha hacia las nuevas generaciones tuvo un impacto en el partido: muchos se marcharon o comenzaron a buscar otras organizaciones marxistas que también contemplaran las luchas contra otras opresiones.

“trastorno de identidad de género”. La OMS recién retiró la transexualidad de la clasificación de trastorno mental en el CIE-11 en el año 2019.

3 Estas pseudoterapias son entendidas en la actualidad como tortura y una violación directa a los derechos humanos.

La autora nos acerca el caso de Harry Hay, militante del PCUSA y pionero en el activismo LGBTIQ+, quien protagoniza el capítulo 3 del libro. Ese apartado reconstruye la vida del fundador, en 1951, de la *Mattachine Society*, la primera organización por los derechos gay en Estados Unidos. Aptheker pone su mirada en el caso de Hay para realizar un aporte al debate político, como un ejemplo de la forma en que las luchas y culturas políticas pueden influir en otras causas. La autora demuestra de forma irrefutable cómo Hay y otros se reapropiaban y resignificaban de su conocimiento teórico desarrollado dentro del Partido Comunista para pensar análogamente a las personas disidentes de la heteronorma. Hay realizó una síntesis de la teoría elaborada en los años treinta conocida como la “Tesis de la Nación Negra”, caracterizándola como una minoría cultural oprimida con derecho a la autodeterminación, un pueblo que compartía cultura, historia, tierra, para pensar la situación de la población homosexual en Estados Unidos. Aptheker expone el planteo disruptivo elaborado por Hay: que los gays y lesbianas son una minoría oprimida con una conciencia distinta y que como tal experimentan una diferencia respecto a la mayoría de la sociedad, reconociendo que esa conciencia tiene la potencialidad de volverse revolucionaria. Esa identificación los constituye en un grupo opositor, no solo de la heterosexualidad obligatoria, sino también del capitalismo y la explotación. Harry Hay tuvo que desafiliarse al partido al separarse de su esposa y asumir públicamente su homosexualidad, lo que muestra las grandes dificultades que enfrentaban los homosexuales.

La autora asevera que incluso muchos de los militantes gays o lesbianas estaban convencidos de estar enfermos como producto del fuerte disciplinamiento interno y estructural de la sociedad y el partido. Esto es claro en la biografía Betty Millard (1911–2010) presentada en el capítulo 4. Betty comenzó a militar muy joven en la Liga Juvenil Comunista y unos años más tarde en el PCUSA, posicionándose como dirigente y consolidándose como periodista y escritora, además de ser una de las mayores líderes del feminismo norteamericano y miembro fundadora del Congreso de Mujeres Americanas (*Congress of American Woman* - CAW). Ella también vivió su sexualidad como una enfermedad, revelando que se atendió en secreto quince años con un psiquiatra, luego de graduarse en la universidad, con el fin de intentar “cambiar” su orientación sexual.

Camino paralelo recorre Eleanor Flexner (1908-1995), cuya trayectoria es el centro del capítulo 5. Ejemplo de dirigente feminista y comunista, además de historiadora, teórica y autora de una obra central que abordó la historización de la lucha del Movimiento de Mujeres en EE.UU, llegó a ocupar la Secretaría Ejecutiva del Congreso de Mujeres Americanas y la Secretaria Ejecutiva

del Partido Comunista durante dos años. Vivió treinta años con su pareja Helen Terry, sin llegar nunca a definirse como lesbiana, y paradójicamente, volcó en sus escrituras una conceptualización donde la homosexualidad se definía como un “enfermedad o defecto”, cuya normalización podía ser peligrosa en tanto otras personas podían adoptar un modo de vida similar. Para ella, ese “estilo de vida” era inmoral, por lo que advertía tres opciones: la aceptación, la curación o la criminalización. Consideraba que la cura era la mejor opción, la aceptación era inmoral y la criminalización tenía un carácter cruel.

El capítulo 6 del libro está dedicado a Lorraine Hansberry (1930–1965), militante del partido, feminista y antirracista, luchadora por los derechos civiles, internacionalista, guionista y periodista. Lorraine mantuvo un matrimonio lavanda con su mejor amigo y compañero, con el objetivo de protegerse ante los embates de una sociedad y un partido punitivos. En sus escritos personales, así como en sus obras, la autora evidencia sus propias contradicciones: desde considerarse a sí misma como “enferma” por su sexualidad, comparándolo con otras “degradaciones” como el alcoholismo, la drogadicción y la prostitución hasta el impacto final y el alivio en su salud mental al declararse una persona libre y feliz fuera del clóset, producto de poder vivir su vida plenamente, sin esconderse. Con el análisis de estas trayectorias llena de contradicciones, crisis, reclamos, alivios, relaciones y libertad, Bettina evidencia la complejidad con la que se moldearon las identidades, escrituras, estrategias y vidas de muchas militantes de la época.

La autora nos aclara que en el PCUSA también había una persecución interna, donde se les pedía a los miembros que denunciaran sobre estas prácticas y vínculos de otros camaradas. En el capítulo 7, demuestra hasta qué punto llegaba el Partido Comunista para “proteger” su reputación. Esta sección se centra en el sellado y ocultamiento de los papeles y escritos de Elizabeth Gurley Flynn (1890–1964), militante y dirigente histórica sindical y del partido a principios del siglo XX. Las indagaciones de Aptheker permiten reconstruir que el motivo para esconder los papeles de Elizabeth del Archivo del PCUSA fue su relación lésbica de diez años con la doctora y sufragista Mari Equi. Esta era la forma que encontró el partido para “protegerla” y protegerse, según el discurso del partido, tener una relación lésbica manchaba una vida destacada como dirigente sindical comunista.

Finalmente, la prohibición del PCUSA de tener miembros LGBTIQ+ se levantó en el 25° Congreso en 1991, justo después de la caída de la URSS. Sin embargo, sus militantes deberían esperar hasta el 2005, en el 28° Congreso, para que se aprobara una resolución de apoyo total a los

derechos LGBTIQ+. Esto le valió la pérdida de cientos de militantes que se sintieron excluidos y/o rechazados para seguir militando contra el sistema capitalista desde ese espacio y volviendo trunca la posibilidad de discutir, de forma extensiva, a nivel teórico, práctico y estratégico la opresión sexual. Aun así, la ideología misma y los conceptos de desigualdad estructural y opresión fueron sentidos en carne propia e incluso discutidos y enfrentados por estos militantes en el Partido, en su práctica militante y discusiones teóricas. A partir de esa experiencia, se apropiaron y resignificaron su praxis y teoría para pensar mecanismos y estrategias con las cuales enfrentar opresiones que el partido comunista no quería o podía ver.

Para cerrar este comentario crítico, debemos resaltar que los temas que refiere esta obra son de género y de sexualidad, sin embargo no los clasificaremos dentro de la teoría de género o estudios queer, sino que se enmarcan dentro de la corriente historiográfica de la Historia desde Abajo y el campo de los Estudios LGBTIQ+.

Este libro puede ser un poco redundante, producto de su gran cantidad de ejemplos y pormenores acerca de la vida de cada uno de los protagonistas, y de las personas cuyas vidas aparecen reflejadas, pero esa es su mayor virtud. Con ello también debemos resaltar la responsabilidad que asume la autora al intentar mostrar la vida de cada uno de forma justa y completa. Podemos pensar que no es necesario conocer tantos detalles de cada una de las vidas, pero Aptheker prioriza repetirse en algunos aspectos pero asegurarse de hacer justicia con cada historia, única e irrepetible más allá de los puntos en común. Este afán se cristaliza y complementa con el extenso trabajo de archivo que realiza, acudiendo a biógrafos, archivos personales, entrevistas propias y de otros autores, archivos de universidades, partidos políticos, centros de investigación, bibliotecas, para poder reconstruir de una manera transparente y completa sus vidas.

En síntesis, *Communist in closets. Queering the History* cumple con creces con el objetivo que se propone la autora: devolver reconocimiento y visibilidad a militantes revolucionarios, anónimos y “conocidos”, cuyas historias y aportes se encontraban en el olvido. También cumple con una tarea central: divulgar, comunicar y mostrar que dirigirse al gran público puede, y debe, ser parte de las preocupaciones de la academia. Y nos deja una invitación, abriendo una puerta en el campo de la historia social de los Estados Unidos, llevándonos a conocer con mayor profundidad la historia contrahegemónica de las luchas revolucionarias del siglo XX.